

FARO ORIENTAL

AÑO IV

Núms. 45 a 48

SEPTIEMBRE a DICIEMBRE de 1915

"No hay religión superior a la verdad".

(Divisa de los Maharajás de Benarés).

Pláticas breves

Sobre el tema de meditación inserto
en el número anterior

Eres un elemento de lo infinitamente múltiple y eres también y ante todo, Ello, Ningún Número, la No-Cantidad. Por tu manifestación en el Sutratma eres uno; por por tu ser real, eres Ello; ni uno ni muchos: ELLO.

Para la metafísica esotérica de los hindús hay sólo una realidad, el Atma, y no es sino ilusión, Maya, toda la infinita variedad de las cosas. La palabra ilusión adquiere también en este caso un significado metafísico, que no condice del todo con su acepción vulgar.

Sin embargo, en el fondo de estas múltiples apariencias, existe la única é indivisible realidad; de suerte que nosotros, nuestro Ser,—y en cierto sentido nuestro Yo—es ilusorio y condicionado en

cuanto pertenece o atañe a su individualidad, puesto que existen infinitas individualidades, pero es real y verdadero en cuanto participa del Atman, bien que irreversiblemente.

Por «sutrátma» entiéndese el hilo de las existencias, o en otros términos, la serie de ellas por las cuales el ser individual partiendo de la ilusión del Yo, por un progresivo contralor de la individualidad, alcanza a comprender el verdadero valor de ésta, correlativo a los planos de manifestación donde le toca actuar, y, sobre todo, se percata de la identidad entre la impersonal esencia de su ser, y el Ser absoluto Atman, para al fin llegar al sentimiento del «Yo soy Atman» sentimiento que cuando llega a ser completo implica la negación del Yo.

La primera afirmación «eres un elemento de lo múltiple» es verdadera sin la menor duda, por lo menos desde el punto de vista de nuestra experiencia inmediata. Por mucho que nuestro Yo, exajeradamente seguro de sí mismo, quiera subordinar todas las demás cosas, nunca llega a la negación de éstas. El egoísmo no pone en duda la existencia real de aquello que ambiciona, como no pone en duda tampoco la existencia del Yo, y más llamamente de su Yo.

Lo que no es tan evidente para el pensamiento occidental, es la identidad de esencia entre el Ser individual y la realidad absoluta, aun cuando no han faltado

teólogos y místicos que se hayan esforzado por expresar ideas de esta especie en la fraseología cristiana, incluyendo entre ellos a muchos de los que por esto mismo se han granjeado fama de panteístas.

Para el esoterismo oriental, que puede hallarse expresado con más o menos transparencia en las diversas escuelas vedantistas, resultan muy claros, postulados así, donde el doble carácter del ser individual queda deslindado; esto es, idéntico por su esencia, con el ser real y absoluto, e idéntico por su manifestación con la infinita multiplicidad de las individuales unidades.

Vedantismo moderno

Naturaleza real del hombre,

por el Swami Vivekananda

(Trad. de la Sociedad Vedanta—O'Higgins 2347, Belgrano, B. Aires)

(Continuación)

¿Qué es lo que hace el cuerpo? ¿Qué fuerza vincula todas esas moléculas en la forma del cuerpo?

¿Qué fuerza es esa que de la masa de materia ambiente se apropia el material para formar mi cuerpo de un modo, otro cuerpo de otro y así sucesivamente? ¿Qué es lo que determina esas infinitas distinciones?

Decir que la fuerza llamada alma, es el resultado de las combinaciones de las moléculas del cuerpo, es poner el carro delante de los bueyes. ¿Cómo se producen tales combinaciones: dónde estaba la fuerza que las origina? Si decís que alguna otra fuerza fué la causa de esas combinaciones y que el alma fué el resultado de esa materia, y que esa alma (que combinó cierta masa de materia) fué el resultado de esa materia, la cuestión no es resuelta. Debe admitirse aquella teoría que explique la mayor parte de los hechos, sino todos, pero sin contradecir los otros hechos existentes.

La fuerza que toma la materia y forma el cuerpo, es la misma que se manifiesta mediante el cuerpo; ¿no es esto lo más lógico? Decir por lo tanto que las Fuerzas-pensamiento, manifiestas por el cuerpo, son el resultado de la agregación molecular, y no tienen otra existencia, carece de sentido; ni tampoco puede la fuerza desarrollarse de la materia. Es por consiguiente más posible demostrar que lo que llamamos materia no existe absolutamente, siendo sólo un cierto estado de la fuerza... Puede probarse que la dureza, la solidez o cualesquiera otras propiedades son resultado del movimiento. El aumento de vibración hará las cosas sólidas; una masa de aire vibrando a un grado muy elevado se haría tan sólida como una tabla. Un hilo de telaraña movido a una velocidad casi infinita, sería tan fuerte

como una cadena de hierro; podría tronchar un roble, tal sería la fuerza que adquiriera por el movimiento. Mirándolo de este modo, sería quizá más fácil probar que lo que llamamos materia no existe. Pero el otro punto de vista no puede ser probado.

¿Qué es esta fuerza que se manifiesta al través del cuerpo? Es evidente para todos nosotros, que—sea esta fuerza lo que fuere—está tomando partículas, puede decirse, y construyendo formas con ellas: el cuerpo humano.

Nadie más viene aquí a fabricar cuerpos para vosotros y para mí. Yo nunca ví que alguien comiese por mí; yo tengo que asimilar el alimento; de ese alimento he de fabricar sangre y huesos y todo lo demás.

¿Qué es esa fuerza misteriosa? Las ideas acerca del futuro y del pasado, aterrizan al hombre. Algunos las creen meras especulaciones. Pero tratemos del tema presente. ¿Qué es esta fuerza que está trabajando al través de nosotros? Hemos visto como en los tiempos remotos, en las más antiguas escrituras, este poder, esta manifestación de poder, era considerado como una sustancia brillante poseyendo un cuerpo como este cuerpo, y que continuaba existiendo aún, después de feneceer este cuerpo. Más tarde, hallamos sin embargo, otra idea superior: la de que este cuerpo no representa la fuerza.

Todo lo que tenga forma, debe ser el resultado de combinaciones de partículas y requiere que tras ellas haya algo que las mueva. Si este cuerpo necesita algo que no es el cuerpo, y que lo mueve; también el cuerpo brillante, por la misma razón, requerirá necesariamente alguna otra cosa tras él, que lo manipule. Por consiguiente, este algo fué llamado el alma, el Atman en sanskrito. Es el Atman el que, al través del cuerpo brillante, podemos decir, operó sobre el cuerpo grosero externo. El cuerpo brillante, es considerado como el receptáculo de la mente, y el Atman está más allá de él. No es tampoco la mente; opera en la mente, y en el cuerpo mediante la mente. ¿Vosotros tenéis un Atman, y yo otro; cada uno de nosotros tiene un Atman separado y un cuerpo sutil aparte, y al través de él obramos sobre el cuerpo grosero externo? Se han hecho preguntas acerca de este Atman, y de su naturaleza. ¿Qué es esta alma, este Atman del hombre, que no es un cuerpo ni una mente? A esta pregunta siguieron grandes discusiones. Vino la especulación filosófica, vinieron a la existencia diversas escuelas de investigaciones metafísicas, y yo trataré de presentaros algunas de las conclusiones a que llegaron respecto a este Atman. Las diferentes filosofías parecen estar de acuerdo en que este Atman, sea lo que fuere, no tiene forma ni figura, y lo que no tiene forma ni figura debe ser omnipresente. El tiempo

principia con la mente y el espacio también está en la mente. La causación no puede existir sin el tiempo. Sin la idea de sucesión, no puede haber la idea de causación. Por consiguiente, tiempo, espacio y causación están en la mente, y como este Atman está más allá de la mente y es sin forma, debe estar más allá del tiempo, más allá del espacio, y más allá de la causación. Y, si está más allá del tiempo, del espacio y de la causación, debe ser infinito. Así se presenta la más elevada especulación de nuestra filosofía.

El infinito no puede ser múltiple. Si el alma es infinita, no puede haber más que una sola alma, y todas esas ideas de varias almas unas vosotros y otra yo, y así sucesivamente, no son reales. El hombre real, por lo tanto, es uno e infinito: el espíritu omnipresente. Y el hombre aparente es tan sólo una limitación de ese hombre real. En este sentido todas esas mitologías son ciertas en que el hombre aparente, por grande que sea, no es más que un oscuro reflejo del hombre real que está más allá.

El hombre real, el Espíritu que está más allá de la causa y el efecto, y no está ligado por el tiempo y el espacio, debe ser necesariamente libre. Nunca estuvo ligado ni puede estarlo jamás. El hombre es reflejo; está limitado por el tiempo, el espacio y la causación, y está por consiguiente, ligado. O, según el lenguaje de algunos de nuestros filósofos,

parece que está ligado, pero no lo está realmente. Esta es la realidad de nuestras almas; esta omnipresencia, esta naturaleza espiritual, este infinito que nosotros somos ya. Cada alma es infinita y por lo tanto, no hay cuestión de nacimiento y de muerte. Algunos niños eran examinados y el examinador les hacía preguntas más bien difíciles. Entre ellas les hizo la siguiente: «Porque no cae la tierra»? Él trataba de evocar respuestas acerca de la gravitación, etc. Muchos de los niños no pudieron responder nada; algunos contestaron que era por efecto de la gravitación o algo por el estilo. Una hermosa niña contestó haciendo una pregunta: «¿Hacia dónde tendría que caer?» — La pregunta era insensata. «¿Dónde tendría que caer la tierra?» No hay caída ni ascensión para la tierra. En el espacio infinito no hay ni arriba ni abajo, esto está sólo en lo relativo. ¿Dónde va a ir y venir el infinito? ¿De dónde vendría y adonde iría? Cuando los hombres se niegan a pensar en el pasado o en lo futuro, o en lo que será de ellos—cuando abandonan las ideas de cuerpo, porque siendo limitado, el cuerpo viene y va—entonces se han elevado a un ideal superior. El cuerpo no es el hombre real, ni tampoco la mente, porque la mente aumenta y disminuye. Es sólo el espíritu, el que puede vivir siempre. El cuerpo y la mente están cambiando constantemente. Ellos son los nombres de series de cambiantes fenóme-

nos; ríos, donde cada partícula de agua, está en un constante flujo; y sin embargo reconocemos la serie como el mismo río. Cada partícula de este cuerpo está cambiando constantemente; nadie tiene el mismo cuerpo durante varios minutos seguidos. Sin embargo, una suerte de impresión dejada en la mente, nos hace llamarle el mismo. La misma cosa ocurre con la mente, un momento está feliz, otro momento es desdichada; un momento es fuerte, otro momento es débil. Un torbellino siempre variable. Esto no puede ser el espíritu, porque el espíritu es infinito. El cambio sólo puede estar en lo limitado.

(Continuará).

Ideas y observaciones

De don Joaquín Carbonell y Vila

(Continuación)

Procediendo racionalmente, habría que buscar el color de los cuerpos, cuando menos, dentro de ellos mismos; toda vez que el color con que aparecen, es el que emiten y no el que conservan.

Del total de elementos crómicos que el rayo de luz incidente contiene *compensados*, se derivan dos grupos principales complementarios entre sí, producidos por la reflexión que se opera en la superficie de las moléculas iluminadas, las cuales por su posición en el cuerpo, impiden el

paso de la luz, cuando esta se introduce por los espacios intermoleculares. La parte o grupo de aquellos elementos crómicos que rechazada por unas moléculas sobre otras y siguiendo la ley de equilibrio y simetría con el ángulo de incidencia igual al de reflexión, vuelve al fin a la superficie por donde entró y sale por ella; trae consigo el color que atribuimos al cuerpo y que corresponde al ángulo con que se verifica la salida; la parte restante de los propios elementos crómicos que no logró salir al exterior por no coincidir con su dirección algunos de los huecos, contiene el color complementario del que se exteriorizó.

Pero siendo evidente lo que antecede, el procedimiento *analítico* de la ciencia *positiva*, esto es, de la ciencia materialista que jamás encontró alma viviente en parte alguna de ninguno de los organismos, ni la gravedad dentro de una piedra, ha de constatar también a nuestros ojos la presencia de aquel complementario, y al efecto, *abrirá* el cuerpo en dos partes, después cada una en otras dos, y así sucesivamente, con lo cual habrá podido comprobarse que *tampoco existe tal complementario*, puesto que tampoco *apareció*: conclusión que da la medida de la seriedad de la famosa ciencia experimental, la cual pasa por alto que no puede constituir jamás una respuesta, el hecho de haber repetido hasta el infinito la misma pregunta inicial, dividiendo y subdividiendo el cuerpo hasta la tritu-

ración, puesto que *no se han hecho fracciones*, sinó *unidades* de iguales caracteres que el primero, y esas innumerables unidades, dejan en pié la incógnita más firmemente que al principio. Lo que se hizo, fué sencillamente desdoblar el cuerpo dándole vuelta del revés, y convirtiendo así en exterior lo que era interior; no es nada extraño por lo tanto que se presente *claro* lo que antes era *oscuro*, o bien *amarillo*, lo que antes fué violeta.

El color resulta pues un modo particular de recibir la luz en la retina, después de las modificaciones de dirección que le ha hecho experimentar la *posición* de las superficies de las moléculas que le impiden el paso y la reflejan, ya sea hacia dentro o hacia fuera de los cuerpos: luego la materia en sí *carece* de color, y este no es por tanto una *propiedad* de la materia, como lo es por ejemplo, la capacidad de dilatarse o contraerse en más o menos grado... Tampoco confiere *propiedad* al empleado, el hecho de manejar grandes intereses del patrón, recibiendo por un lado, emitiendo por el otro y conservando en caja valores de mayor o menor consideración.

La ciencia de los sentidos, quiere hacer prevalecer la *cantidad* sobre la *calidad*, o lo que es lo mismo aunque no se dé cuenta, de lo *ilusorio* sobre lo *real*, de los *muchos* que repiten *muchas veces* la mentira contra uno solo que puede estar más en

firme que todo lo restante de la Humanidad...

Corto por un plano un cilindro regular transversalmente, bajo el ángulo de 90° menos *un millonésimo* de grado, y no hay para que contar el número de los testimonios *fidedignos* que habiendo empleado todo género de instrumentos de comprobación sin dignarse atender precisamente lo *único* capaz de evitar el error, esto es la *no perpendicularidad* que deliberadamente se dió al plano con respecto al eje; *fallarían* estableciendo que la sección producida era una *circunferencia perfecta*. Uno sólo contra *todos*, poseía sin embargo la razón: el que afirmaba lo contrario.

Puestos en una botella para hacer medicinal el agua, *tres* clavos de hierro; una sacudida casual movió los clavos y cualquiera pudo entonces constatar que la botella contenía *cuatro*: *uno* sólo de los presentes, sabía que eran *tres* los clavos pero *nadie* hubiera sido capaz, como nadie lo fué, de hacer diferencia alguna entre las *imágenes* directas o primarias y la *secundaria* que la refracción produjo.

Así mismo, observo entre mis manos los anteojos y veo *dos* cristales elípticos con 4 cent. de eje mayor, en un doble marco metálico de 12 cent. ancho; formo una circunferencia con ese ancho, repitiéndolo 1000 veces, y esta circunferencia tendrá 120 mts. de perímetro: poniéndome luego los anteojos, observo que sólo hay *un vidrio* en vez de *dos*; después, que la dis-

tancia entre los brazos paralelos con que los anteojos se apoyan, es sólo de unos 5 cent., esto es, un poco más que el eje mayor de los cristales, en vez de los 12 cent. medidos antes; me sorprende después el que dentro del ancho ínfimo de 5 cent. quepa mi cabeza holgadamente; y por último, me llena de asombro el que dividiendo los 12.000 cent. que midió el ancho de los anteojos, mil veces repetido, cuyo ancho *ví y toqué*; por el ancho que *palpo y veo* también ahora, el cual es de 5 cent.; el cociente me da 2400 en lugar de darme 1000, para el número de veces que cupo la unidad de medida, la cual los sentidos me la dan igual haciéndome aparecer una cosa, esto es, aquella circunferencia, *mayor que ella misma casi dos y media veces*.

¡Sólo la ciencia de la *intuición*, jamás la de los *sentidos* podrá destruir semejantes aberraciones y evitar que nos lleven a consecuencias que no serían tan lamentables si no fueran más que absurdas.

La perspectiva *óptica*, está sujeta a todas las irregularidades del medio, y todos los sentidos, menos el sentido *íntimo*, el *buen sentido*, llamado *común*, por burla seguramente, resultan igualmente cohibidos; de modo que el concepto de las cosas, no podemos formárnoslo tanto por ellas mismas, ni con mucho, como por la posición relativa del punto en que nos hallamos colocados y del ambiente que nos rodea. El error es difícil de evitar.

$\frac{6.000,000}{12.000,000} = \frac{1}{2}$, quiere decir como siempre que lo único *positivo* es la *calidad* y que la *cantidad es ilusoria*.

La inquieta y accidentada superficie de los mares, la tomaríamos fácilmente por lisa y en reposo, si todos los huecos de la misma fuesen reducidos a la importancia de *diminutos poros* mediante la distancia.

Mucho más accidentada es todavía la superficie lunar, y sin embargo podemos tomarla como un disco de plata abrillantada; pero acercándonos a la Luna con el telescopio, lo cual no difiere de acercarse a un disco de plata por medio del microscopio, se observa en ambos casos perfecta analogía entre unas y otras rugosidades.

¡El egoísmo! He aquí otra de tantas consecuencias a que ha conducido la ciencia, por el nombre tan sólo *positiva*, pues, no debiendo confiar en nadie, ya que nadie podrá mirar mejor que nosotros por nosotros mismos, entonces cada uno para sí y Dios, si lo hubiere, para todos; y mientras se averigua si lo hay entre los pliegues y repliegues de la materia, lo cual es dudoso, aprovechemos el tiempo, porque el tiempo es moneda con la cual se puede pasar bien esta corta vida, esto es lo práctico, eso lo *positivo*, y todo lo demás, puede ser que fuera bueno, pero no nos consta y vale más algo seguro que mucho problemático.

Pues bien, todo eso tan *positivo* sería *en efecto* una sarta de estupideces de lo más burdo y grosero, sino alcanzara el grado de lo perfectamente *negativo* y del todo contraproducente.

...¡Nadie mirará por nosotros mejor que nosotros mismos! Eso lo dirán aquellos que creen ver y ven menos que los ciegos que no son necios, porque esos por la cuenta que les tiene, no llevarán la ingratitud, el desamor, o el orgullo, hasta el punto de que aquel que los acompaña y les evita los peligros, respondiera al menosprecio dejándolos abandonados.

¡Cada uno para sí! He aquí algo eminentemente *práctico* sin duda, porque establece el flamante axioma de que la *parte* es igual al *todo*; puesto que todas las actividades puestas en juego por todos, cada uno las puede desplegar sin recurrir para nada a los demás. Cada uno se hará el pan y la ropa y los zapatos y todo lo mucho que precisamos; pero antes se formará él *solo* sin intervención de padre y madre, y sinó, no habrá de lactarse con un producto que expresa el trabajo del agricultor y del ganadero, y hasta de los hombres de estado que dan permanencia y entidad a una nación para que se aunen y complementen todos los esfuerzos al mismo fin del interés de la comunidad.

El meñique, entre todos los dedos, como *miembro* del cuerpo al cual presta algún servicio, es algo de interés vital para *todo*

el cuerpo, hasta tal punto, que este sufre por él, lo nutre y cura con su savia y hasta por él moriría; pero si aquel dedo creyéndose independiente capaz de prescindir del cuerpo, dejara de ser uno de sus miembros, esa entidad *separada* moriría, se pudriría sin que a nadie interesara.

Y aún en el terreno mismo donde le costaría mucho al mal llamado *positivismo* colocarse, el terreno de la abstención y de la prescindencia en que se sostienen ciertos hombres en ciertas regiones sin que resulten aniquilados; el *positivismo efectivo* no admitiría jamás que dichos hombres lo poseen *todo* en sí mismos, puesto que son *hombres*, ni que la materia que forma su cuerpo y que se gasta, no ha de reponerse con otra que viene de afuera y que supone una intervención agena de algun orden; ni admitiría tampoco haber de reconocer a tales seres *aislados* el derecho de gastar y malear el aire que pertenece a todos, sin ofrecer por su parte alguna compensación, ni el de marchar embarcados *gratis* en la misma *diligencia* con que apretada y fatigosamente avanza el conjunto de la Humanidad por el accidentado sendero de la evolución.

También al *positivismo entronizado* va escapándosele el complementario del color que afectan los cuerpos, en el mismo orden con que los raja y rompe y desmenuza después de haberse convencido de que era más regular atribuir a los mismos el color que han *retenido* y no el que

rechazaron; pero no se le ocurre luego al tal *positivismo*, a fuer de *positivo*, que *todo* el cuerpo se *exteriorizó* al dividirlo y no apareció *interior* alguno cuya existencia *real* pudiera constatarse; a pesar de que también estamos convencidos de que existe el *interior* de la materia así que termina esta, como el *interior* de cualquier recinto detrás de los muros que lo forman.

No es este interior accidental que *vemos* y unos cuantos años harán desaparecer, sino el otro *interior* que *no vemos* y sin embargo es eterno, el que ocupa la causa o la razón de ser de cada cuerpo; las diferentes *direcciones* angulares y los correspondientes grados de energía acomodados a ellas con que aquella causa, derivación de la *Voluntad Unica*, ordena los elementos de la materia variando los aspectos de esta según modalidades variadísimas; son ni más ni menos, que el *carácter térmico* de aquella Voluntad Única que impone la ley en la región de la sombra y consume la materia con el fuego comunicándole expansiones infinitas para que en forma *substancial*, no sirva ya más de combustible, y pueda invadir así la región donde la Voluntad Única no afecta ya calor y es toda Luz.

La materia absorbe el calor que es su vida y rechaza la luz que la mata; la substancia, la esencia, absorbe la luz que es su vida y no admite el calor que ya no cabe en ella.

La ciencia materialista absorbe el calor y fomenta así las discordias y alienta las guerras; es su triste condición la de rechazar la luz, puesto que es impropia de su naturaleza.

Sin embargo, la mayor oposición entre dos móviles opuestos, se halla en el meridiano común, y de esta mayor oposición resulta precisamente la *coincidencia* al terminarse el ciclo.

¡El *más* egoísta es el *menos* egoísta! Hemos traído antes a colación un dedo: consideremos ahora la mano que lleva a la boca el alimento después de haberlo conseguido por medio del trabajo útil.

La mano se rebela contra la ley, contra la gerarquía, y no quiere aportar ya más el pan ni quiere nutrir más con él el cuerpo; quiere vivir independiente y «allá se las haya todo el mundo».

El grito anárquico, produjo esta vez un resultado que lo dará también las otras veces, aunque bien distinto de aquel a que la mano aspirara, puesto que murió con el cuerpo la gerarquía; pero también la mano con el cuerpo. *Menos* egoísta la mano, prestando servicio al cuerpo y haciéndole beneficio cuanto más mejor; *más* lo hubiera sido en el sentido realmente *positivo*, puesto que el modo abnegado era el único eficaz para que el *todo* trabajara en provecho de aquella parte y le diera salud, vigor y hermosura.

El que hace más para los otros y es con

esto el *menos* egoísta, es también el que hace *más* para sí mismo aprovechándose de los otros en favor suyo y es el *más* egoísta en consecuencia.

Dió lugar a interpretaciones altamente perniciosas, lo de « Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios » siendo una máxima de alta moral en el fondo, basada en una ley de mecánica de la cual depende el que desde la mayor densidad de la materia hasta lo menos imponderable de la substancia y desde este punto hasta la Nada de lo negativo y el Todo de lo positivo, exista una *gama* infinita donde hay locación para todas las formas posibles de manifestación de la Única Voluntad: cada forma tiene su grado propio, y ese grado está marcado en la escala inmensa que aquella *gama* constituye. Lo más denso y material se detendrá en los grados más lejanos del Origen y en el orden de las menores densidades o de la mayor sutilidad, hallarán su nivel correspondiente o respectivo grado, todas las formas restantes. De esto resulta que a manera de *precipitados*, habrán de formarse agrupaciones varias por orden de densidad o de grado y ninguno de los grados se confundirá con los demás.

Dejar lo material con la materia y dejar también que lo espiritual vaya al Espíritu, es pues sencillamente, acomodarse a la ley; y acomodarse a la ley, es ni más ni menos, que conquistar la libertad...

El mono que descende de la altura de su árbol para apropiarse la manzana que entró justa por el agujero de la trampa, queda *esclavo* de su deseo, si aferrándose a la preciosa fruta quiere sacar la mano sin soltarla. Para adquirir la libertad, hay que acatar la ley: las pasiones y apetitos groseros e irregulares, son de la Tierra y hay que dejarle a ella la pertenencia; en cuanto a lo *real* y verdaderamente *positivo* siendo del grado de lo menos denso será empujado hacia arriba hasta el punto suyo de equilibrio.

El personaje opulento, dueño de suntuosos palacios, poseedor de los más preciados bienes de este mundo, que manda en la hermosura lo mismo que en todos los antojos, aún sin ser un malvado; en nada se diferencia sin embargo, de un menguado caracol cuya concha habrá de impedirle ganar el *huerto*, porque la rendija que descubrió, sólo a su cuerpo daría paso. Todas aquellas maravillas por tantos infelices envidiadas, no son más que combustible en profusión, depósitos de fuego adormecido que algún día se manifestará estallando con todo el fragor de la enorme energía térmica allí acumulada.

Considerando el movimiento de los hombres en conjunto mientras avanzan por el camino del progreso, como una vasta *manifestación* que comprende todas las clases sociales, empezando por las más elevadas y terminando por las más humildes; si alguno de los manifestantes, protestando

de la forma de la marcha y creyendo ejercer la libertad, pretendiese acelerar sus pasos a fin de colocarse en otra condición superior sin el derecho adquirido a fuerza de sacrificios; perdería de hecho aquella libertad, por cuanto hallaría obstáculos ante sí tanto más grandes cuanto menos legítima fuera aquella aspiración. Pero también si quisiera retroceder, habría de perder la libertad del mismo modo, pues si en el primer caso no le tolerarían los de delante que empujase y sería reprimido, en el segundo caso sería él mismo el empujado y reprimido también.

En cambio, cada uno en su puesto, y ateniéndose a las circunstancias, es decir no deteniéndose ni retrocediendo, en vista del tremendo choque a que el movimiento adquirido daría margen, ni adelantándose tampoco bruscamente, aunque el choque no sería así tan rudo por no haber contrariado el movimiento; se halla en las más favorables condiciones para gozar de la *libertad*, puesto que nada se le opone; disfruta de los beneficios de la *igualdad*, puesto que se halla en la misma condición de los demás ya que ni la cabeza ni los piés, tampoco podrían desligarse del cuerpo sin que murieran con la mutilación; y por fin, la *fraternidad* verdadera lo cobija puesto que el interés de todos siempre dentro de la ley, es el propio interés de cada uno y el mismo paso progresivo con que adelanta el rey en el sendero, no es más largo ni más corto por el sólo hecho

de la superior gerarquía, que el del último proletario.

Según eso, y estando la responsabilidad en razon directa de la libertad, resulta que en efecto hay que buscar los grados de la responsabilidad en la intensidad de la violencia con que uno entorpeciera deliberadamente el movimiento natural del progreso; no entendiéndose el progreso al revés, el cual emplea sus mayores esfuerzos en colocar grandes piedras en el camino regular, en vez de despejarlo, pues del tal dependen las desviaciones lamentables a las que deberemos nuestra ruina.

Sin embargo, Karma actúa de dos modos al cumplir la ley de la retribución o del equilibrio, o de la reacción igual a la acción. El principio inmoral de que « Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos » ha nacido de la horrible confusión que existe en nuestras ideas, no considerando las cosas según hubiera sido más racional. En efecto, el hombre más virtuoso, no tendrá por eso los huesos menos quebradizos para que una fuerte caída no se los rompa; pero al mismo tiempo, no quedaría más ni menos aplastado aquel que *cayera* o el que *se echara* al suelo desde 1 kilómetro de altura, y este último sería un suicida criminal, mientras el otro hubiera sido *víctima de una desgracia horrorosa* independiente de su voluntad.

Uno pone una maceta con un espléndido rosal lleno de flores y hojas en el pretil de la azotea que da a la calle para que

la gente disfrute de su vista ; un golpe de viento vuelca la maceta, que al caer derriba exánime a un infeliz transeunte. La imprevisión y la *casualidad*, produjeron en este caso el lamentable accidente. Pero el mismo fatal resultado se hubiera producido, si con refinada maldad se hubiese colocado la maceta intencionalmente para aplastar a alguno eludiendo toda represalia. En este último caso existe una responsabilidad tremenda que, no obstante, los hombres no pueden determinar como ocurre en otros muchos casos análogos y particularmente cuando los hechos son debidos a sugerencias, lo cual sucede casi siempre.

Pues bien, todas las transgresiones a la ley que fija estrictamente los términos correctos en que debe manifestarse la voluntad consciente o inconsciente, no son más que especies de retardos en el movimiento progresivo, o también condensaciones y aumentos de *densidad* que habrán de dificultar seriamente el que podamos flotar y manejarnos ; según lo cual, es cuestión de *hecho* el restablecimiento del equilibrio y si se puede algunas veces con los *dedos* simplemente, y sólo con *escoplo* y *martillo* las más, desprender la materia que se depositó endureciéndose más o menos y dejando encerrado a nuestro ser ; siempre en cualquier caso hay que arrancarla, tanto si fuimos como si no fuimos nosotros los autores de la envoltura que nos hunde.

Aquel soldado náufrago cuya canana

llena el plomo mortífero que vá a volverse contra su portador, no se acuerda gran cosa de si fué el Estado, quien le puso la carga encima; pero lo que sí le preocupa seriamente, es poder desprenderse pronto de ella, lo mismo ni más ni menos que si fuera suya.

(Continuará).

Apólogo

(DEDICADO A LOS SUPERHOMBRES)

Quiso un día la flor tender su soberbia y orgullosa mirada hacia la tierra, y al ver que las modestas hojas no ostentaban tan seductor dibujo ni tan bello matiz, hizo un mohín de desprecio. La forma cilíndrica del tallo y acaso su vello, le parecieron soberanamente ridículos. La raíz sumida en las tinieblas, buscando sostén y alimento entre el fango, rodeada de gusanos y excrementos, le inspiró tan profunda aversión que se decidió a separarse de la planta.

Yo, flor, fecunda, ideal, bella, la *super-planta* ¿he de estar encadenada a ese conjunto de lo vulgar, de lo ridículo y de lo vil? — Esa protesta constante de la flor era un poder que se acumulaba en ella. Apareció entonces en su pedúnculo como órgano de la nueva facultad, un filamento constrictor que se apretaba cada día. Llegó un instante en que la flor, lozana,

bella, en toda la plenitud de su perfume, de su color, de su forma; cubierta de rocío y entibiada por la caricia del sol naciente; se desprendió. Recogióla en su seno la brisa del alba y la flor creyó ser mariposa.—¡Libre al fin de lo vulgar, de lo ridículo y lo vil!—¡Cuán feliz era esa flor!—Pero calmada la brisa, la flor cayó; hallóse entonces más próxima al fango que cuando la planta madre la sostenía, y el calor del sol, y la humedad del rocío que la vivificaran antes por su acción sobre la savia general, fueron los primeros agentes de la descomposición, ahora que la savia no corría ya por su ser.

Y entonces conoció todo el horror de la *separatividad*. Y agónica contóle sus cuitas a otra flor. Y ésta luego, bendecía el sostén que le prestaba el tallo, la circulación de la savia vivífica, la actividad nutricia y el cimiento que daban a su planta las modestas raíces: las más ocultas y al mismo tiempo las más fundamentales.

Y esa flor conoció que había un vínculo entre todas las cosas. Y esta flor comprendió el amor universal.

J. P.

La Paz

(Continuación)

En los graves momentos presentes, en la suprema hora actual, las naciones beligerantes, los actores de este horrendo drama, por medio de sus respectivas cancillerías, de sus legales representantes, tratan ufanosamente de sincerarse, con miras a eludir las graves responsabilidades, morales y físicas del magno desastre. Ellas se inculpan mutuamente, esforzándose en atribuirse, unas a otras, la causa y motivo de tanta ruína, desolación y muerte, de los inmensos e irreparables daños y dolores, que en mayor o menor escala, a todos en absoluto nos alcanzan.

Por otra parte, en algunas de las naciones neutrales, en esas porciones de tierra, meros testigos, pasivos espectadores de la gran tragedia, empiezan a aparecer no pocos y humanísimos hombres, que dan fe de su inquietud y sobrecogido espanto, ante la pavorosa magnitud del grande y trágico drama. Estas elevadas almas, se aprestan a aportar su sincero y bien intencionado óbolo de Amor, el grano de arena, que multiplicándose uno y otro día, habrá de constituir la más bella y divina obra que al hombre de hoy le es dable realizar: La Paz.

Por ella y para ella, se inquietan, mueven y agitan, los nobilísimos corazones a quienes, por intuición unos y por rara

percepción otros, sienten en sí, el «como y porqué», de las tristezas presentes. Aquellos que bien comprenden, que en estos luctuosos hechos, todos pusimos nuestras pecadoras manos; los que, ni por un momento dudan, que el vergonzoso estigma con que la historia nos señalará, no habrá de contraerse, a esta o aquella de las naciones en lucha, sino que alcanza por igual a todos los pueblos.

Efectivamente: Por nuestra falta de Amor, por nuestra carencia de humanidad, por nuestro exceso de egoísmo, unos por acción y por omisión otros, todos hemos contribuido a la inhumana obra y, a todos corresponde un tanto de culpa. ¡Si! Si por acción han pecado, unas primero y otras después, las naciones en lucha, en igual falta incurrieron, bien que por omisión, todas las demás humanas nacionalidades. Un poco más de solidaridad, una mayor confraternidad, algo más de humanitarismo, por parte de las naciones que en la neutralidad figuran, hubiesen fácilmente evitado tanto dolor y vergüenza.

En efecto: Si a la primera declaración de guerra, hubiesen respondido solidarizándose con la agredida, todas las restantes naciones, en una sola fundidas y, como una sola, humana y poderosa, hubiesen mandado retirar el reto, en flor hubiese muerto el tenebroso proyecto, cuyas trágicas consecuencias hoy deplora el mundo. Es pues por falta de humanidad en todos, por lo que esta inhumana

lucha ha podido tener lugar. Es por torpe y culpable indiferencia, por execrable egoísmo, por lo que millones de ancianos padres, viudas y huérfanos, nos maldecirán a la postre y la historia nos avergonzará mañana.

¡Pobre e ilusa humanidad! ¡Torpemente pretende enmendar sus yerros, aumentando todavía más el daño y dolor del mundo! ¡La que no supo confraternizar solidarizándose en la hora justa y precisa en que hubiese evitado la tragedia, pretende solidarizarse ahora, para aumentar más todavía el número de obcecados hermanos, que en inhumana lucha se destruyen entre sí! ¡Pobre y siempre pobre! ¡Torpe y siempre torpe! ¡Siempre ilusa e infeliz Humanidad!...

¡Que aumente no el número de las naciones en guerra, que tan tétrico drama continúe igual, o que aumente todavía más sus pavorosas proporciones actuales, no hay duda que tras un período más o menos largo de fratricida lucha, de constante y enorme agotamiento, se «impondrá» la paz: Pero es asimismo cierto, desgraciadamente, que tal «imposición», por el hecho de serlo y, aunque conveniente por las circunstancias del momento, resultará a la postre de resultados estériles e ineficaz.

Para tratar de los naturales e ineficaces resultados que para lo futuro representa siempre toda «imposición», aunque esta sea tan bella y divina como lo es la

paz entre los hombres, cuanto para exponer humildemente lo que creemos más acertado realizar, con el fin de que «La Paz» pueda ser un hecho perenne entre los hombres, modestamente nos permitiremos desarrollar nuestras ideas en otros artículos.

E. Ferrúz Borbón.

Que es el hombre

Para definir completamente una cosa es necesario considerarla bajo tres aspectos distintos, a saber: 1.º Como parte de un conjunto, 2.º Como un conjunto de partes 3.º Como un todo en sí. No obstante, considerar al hombre como un todo en sí, es buscar su definición *esencial* la que tendrá como corolarios complementarios las definiciones derivadas de los otros dos puntos de vista. Una flor es parte de una planta y es un conjunto de pétalos, ovario, anteras, etc., y la definición esencial es complementada por la descripción de la planta a la que la flor pertenece y de sus partes componentes. Muchas veces las características de la planta y las de las partes que constituyen la flor, la caracterizan en una forma tan específica, que ella viene a ser mejor conocida por las especificidades de sus complementares que por sus características esenciales, del mismo modo como se confirman ciertos teoremas por la eficacia de sus corolarios.

Esto es lo que pasa con el hombre. Nosotros lo conocemos mejor por la definición del conjunto de que forma parte—el Ser en sí—y se dice que «el hombre es un dios» (los más modestos dicen que es un hijo de dios) y por la definición de las partes que lo componen—la humanidad—y se dice que «el hombre es un yo». Sin embargo, un yo no es más que, «uno de tantos» y el Ser verdadero es lo que los Santos Vedas denominan «el Unico Uno el Eterno Irrevelado».

Si ambos caracterizan al «hombre» para nuestros ilusorios hombres, lo esencial es siempre lo sáttvico, el hombre esencial es el hombre sáttvico, del cual el hombre fundamental que contemplamos, el hombre realizado hasta la fecha, mero esbozo del pensamiento humano, no es más que uno de los innumerables peldaños en la escala de la evolución del hombre esencial.

Lo mismo que decimos para el hombre, también todo lo manifestado lo conocemos más como partes de un conjunto o un conjunto de partes que como un todo en sí.

El razonamiento más fácil es la constatación, porque en realidad no es un razonamiento sino subjetivamente. Es la base del método experimental.

Cuando se tiene que estudiar un mineral, un vegetal, un animal, un ser nuevo, se empieza por clasificarlo, es decir, se hace una serie de constataciones determinando la clase, la familia, la especie, el grupo a que pertenece, se examinan sus

órganos y sus propiedades o facultades, cuanto estos no son aparentes y finalmente se le impone un *nombre* que es la expresión sintética de las constataciones hechas. Este, el *nombre*, es el germen del primer razonamiento. El ser estudiado *en sí*, está siempre más allá de todo esto, más allá del nombre y queda casi siempre ignorado.

La prueba está en que no es raro que a pesar de todas las constataciones hechas y de su expresión extrictamente científica por intermedio de esa primera forma sensible—el nombre—la cosa o el ser, inexplorado en realidad, de lugar a una cantidad de creencias, vulgarmente llamadas dudas, con respecto a su verdadera esencia. Esto deja completamente sin cuidado a los que creen en la infalibilidad del análisis y de todos los sistemas extra-activos. Por otra parte si tales creencias acariciaran el misticismo de algunos de los observadores, no vacilarían estos en echar de menos toda constatación científica, para hacer de sus creencias una personificación « fiel » de la cosa: un dios. Los dioses no están todos entre las nubes ; basta citar las religiones fetichistas, para las cuales sus dioses de barro son tan reales como los que están en el cielo por virtudes humanas.

De ahí se establecen dos corrientes ; se dividen los bandos y empieza la lucha entre ambos partidos, cada uno de los cuales se hace un deber de anatematizar cuan-

tas buenas razones el otro exponga; lucha esteril destinada a sofocar entre las vueltas cada vez más apuradas del sofisma, a los aficionados. «En el ara las víctimas son reales aunque los dioses sean imaginarios». Esto también es el hombre. Por esto, cuando no están guiadas por el amor a la verdad, tanto fracasan las ciencias como las religiones exotéricas. En las primeras se nota un descuido específico de lo esencial; en las segundas un descuido intencional de lo fundamental. Desde el punto de vista iniciático, ambos sistemas exclusivistas, son por lo tanto irreales, inmorales y antievolucionistas. Dando a la palabra el valor de una idea, están definidas las cosas para el vulgo. Observemos los resultados. En efecto, no se ha hecho otra cosa que buscar para entenderse un campo neutral (el campo de las ideas) igualmente distante de los dos puntos de mira de las constataciones y de las intuiciones, siendo la idea sin embargo, igualmente exterior al sujeto estudiado en sí, del que es la imagen mas aproximada por estar en este momento revestida del minimun de atributos complementarios—el cuarto elemento del ternario—su primer forma sensible—el centro de emanación—la simiente de su realización.

CORRESPONDE A LA FILOSOFÍA Y ES PRIVILEGIO DE LA MISTICA (igualmente distante del positivismo y del misticismo) LA PENETRACIÓN DEL MUNDO DE LAS ESENCIAS y descubrir por

Que es el hombre

la observación crítica de lo manifestado el porqué de la evolución: HACER DEL SUJETO DE ESTUDIO UN SUJETO DE MORAL INICIATICA. Tal es la ciencia y el arte de los constructores.

Apliquemos este proceso al estudio del hombre.

Enseguida nos encontramos frente a una dificultad completamente nueva, un verdadero enemigo, la personalidad.

Esto es fácil de comprender. Cuando estudiamos algo del mundo sensible que nos rodea, estamos fuera de ello y efectivamente a igual distancia de las constataciones y de las intuiciones con respecto al sujeto de estudio; somos en una palabra espectadores más o menos desinteresados o imparciales. No así cuando estudiamos al hombre. En este caso las intuiciones están relativamente mucho más lejos; distanciadas por efecto de las mismas constataciones que son directas y ambas matizadas por la idiosincrasia de cada estudiante. Nosotros somos lo que soñamos ser o lo que constatamos ser. He ahí implantada de nuevo la eterna cuestión.

Solamente los que sean capaces de contemplar algunas veces a la humanidad como meros testigos y posean la clara intuición que confiere el tacto místico bien desarrollado, pueden contestar.

Cuando algo se manifiesta es porque hay un ser interno que se manifiesta por su medio (esto es comprensible) y además

porque esa manifestación expresa un aspecto original, característico o nuevo, pudiéramos decir, de la sabiduría; de no ser así, sería contrario a la Ley evolutiva y la manifestación sería una inútil repetición completamente irracional de hechos consumados desde todas las eternidades.

Pero sí ATMAN, es el eterno irrevelado, se manifiesta como Butatma, es un manifestándose, y el Butatma sensible es por su naturaleza esencialmente fijo; ¿quien mueve todo? ¿Quien produce el cambio? ¿Donde está el Artífice?

« Jivatma »

La voluntad en sí, el manifestador, el obrero sensible e inteligente, tanto mejor cuanto más sensible y más inteligente, tanto más trabajador (la voluntad) cuanto más evolucionado.

CUAN MARAVILLOSAS SON LAS LEYES NATURALES: ¡LA LEY DEL TRABAJO SE ASOCIA A LA LEY EVOLUTIVA! TRABAJEMOS! Tal es la ciencia y el arte de los constructores. Voluntad, causa eficiente; inteligencia, causa inmediata; felicidad, causa final. El obrero que ha trabajado es feliz al fin de su jornada y disfruta mejor de su legítimo goce cuanto más consciente es de su obra.

Vemos confundirse la Ley del trabajo con la Ley de la evolución. Esto aclara muchos puntos y entre todos el más importante, empíricamente: el porque de la vida. Filosóficamente evidencia que la ac-

ción es el motor (la causa eficiente) de toda evolución, y el agente la voluntad, el mismo ser demuestra que el sendero de la acción es el único sendero, el sendero eficiente; y que la verdadera felicidad es el término natural de la acción y por lo tanto del sendero evolutivo, mientras que la inercia, con la atrofia de los órganos y progresivo embotamiento de las facultades, conduce a la muerte (perdición): en el sentido material, al hastío; a la perdición en el sentido místico. Estudiar el como de la evolución, equivale por lo tanto a investigar como la voluntad trabaja y construye lo evolucionado; cuales son sus materiales, cuales los instrumentos de trabajo, como se emplean y cual es la obra que resulta.

Cuando contemplamos una obra, y la apreciamos, en verdad estamos apreciando el obrero que la hizo y por la clase del trabajo clasificamos al obrero. Así: estudiando lo que nos rodea y nos concierne podremos clasificar al hombre por sus obras. He dicho lo que nos rodea y nos concierne: esto significa que hay algo que nos rodea y no nos concierne cuya investigación nos llevaría lejos de nuestros propósitos y podría ser ocasión para malgastar inutilmente nuestras energías. No ignoramos la existencia de distintos planos de vida y gerarquías de seres, pero nosotros que no pretendemos hallarnos por encima ni por debajo de ellos, que no deseamos conjurar ni ser poseídos y que co-

nocemos que tienen su misión en los planos respectivos, nos guardaremos de alterar la sagrada armonía del conjunto evitando la sensibilización de los puntos de interferencia que dichos planos puedan tener con los de nuestras actuaciones, evitando las degeneraciones patológicas e histéricas, fruto de la ya avanzada degeneración colectiva. Esto es lo que hacen los que se preocupan de los reinos supra e infrahumanos, pretendiendo desarrollar una sensibilidad que envenena el alma y empuja a la mente hacia los laberintos de la locura.

Volvamos a *nuestros trabajos*. La Ley del trabajo (evolución) es universal: el hombre es un obrero. El obrero se clasifica por su obra; busquemos su obra.

La obra debe ser algo que el obrero sabe imaginar y cuyos elementos de construcción estén a su alcance. Observemos: Nosotros nos reproducimos, nos conservamos, nos defendemos, nos emocionamos, algunas veces hasta nos comprendemos; ¿no podríamos decir que paulatinamente nos hacemos? Nosotros hacemos a la humanidad.

Hemos conocido al obrero y sabemos cual es su trabajo; pero al querer examinar su obra, vemos enseguida que ella no está terminada; si fuera así, todos los hombres serían iguales (el tipo). Pero si es así, no podemos tomarla desde ya como elemento de juicio. Esto es lo que ha inducido en error a los filosofos positivistas; ellos han querido juzgar al artista

mirando una obra apenas esbozada. Es cierto que algún concepto se puede tener de él, desde los primeros golpes de cincel y por el modo mismo de asir sus útiles. Observando esto, se nos revela enseguida otra verdad capital: Que entre los hombres hay una variedad infinita de artífices, desde el burdo, que al primer golpe de cincel echa a perder el bloque en que va a trabajar, al habil cuyo esmero deja lleno de esperanzas al espectador; variedades que quedan perfectamente encuadradas dentro de las dos mitades del sendero del propio perfeccionamiento.

Veamos como trabajan esas dos clases de obreros.

El material es el mundo sensible. Estas palabras tienen un alcance enorme; es cierto, me diréis, que el mundo sensible varía junto con las percepciones del agente, pero esto nada quita al razonamiento; el que no sabe cincelar el oro moldea en barro y ambos alcanzan en su trabajo los fines de que son capaces.

Consideremos pues los instrumentos: Estos tampoco son los mismos. El buril del cincelador, en nada se parece al escoplo del picapedrero, pero aquel de nada le serviría al sencillo trabajador. Ya sabemos nosotros también, que al dotar de las peores herramientas a los mejores obreros, nada haríamos más que dificultar la obra e impedirles descollar. Esta es la razón que condena a aquellos que con los excesos improductivos, esto es, contrarios a la

Ley del Trabajo y Evolución, echan a perder y embotan sus sentidos ; pervierten sus instintos, gérmenes de la inteligencia y emotividad que son a los primeros, como el buril al escoplo.

Hay entonces una variedad igualmente infinita de instrumentos, una variedad infinita de inteligencias y emotividades, pues tales son los instrumentos de trabajo.

Volvamos a nuestros obreros. Empecemos por el vulgar picapedrero.

Una obra empieza por un plano, que puede ser material (en un modelo), o inmaterial (en una idea). Obsérvese la lógica: vuelven nuestras constataciones y nuestras intuiciones, lo manifestado y lo inmanifestado, Atma y Butatma; no hay otra cosa para un Jivatma.

Ahora bien; para este hombre inferior, apenas diferenciado de los animales superiores, cuya inteligencia apenas supera sus sentidos y cuya sensibilidad apenas satisface a sus instintos, las intuiciones están a una distancia incalculable o por lo menos se parecen mucho a sus constataciones; podríamos decir que no hay más que un plan material. Para él, el modelo son los demás. Esto explica como los hombres inferiores sean los más dispuestos a imitar a los demás. Los africanos de la secta del Leopardo Negro visten a a europea; también los monos imitan al hombre. Un rico es para un hombre vulgar un Dios (principio del servilismo); un sabio, el diablo principio de sugestión).

Hay algo más. Este ser que también en si es voluntad, aunque apenas algo más que un impulso ciego, se caracteriza por una inercia esencial; por esto lo asemejamos nosotros en Occidente a la inercia de la materia llamada en Oriente Tamas, y decimos, tan extensiva como equivocadamente, que algunos hombres tienen cualidades tamásicas. Lo cierto es, que ese ser inferior es un ser perezoso, que no trabaja más que para satisfacer sus necesidades primordiales.

El artífice se distingue también por la habilidad con que maneja los materiales (sus conocimientos técnicos); pero un conocimiento, no es verdadero sino expresa una virtud adquirida, esto es, PARTIDO SACADO. Tal es el aprendizaje. Por esto no es suficiente rozarse con lo superior para resultar un ser superior; el que no asimila, no conoce, no es consciente, no saca provecho, y no se acrecienta. El que no conoce nada, nada desea y nuestro rudimental obrero, que ha sacado poco partido de su aprendizaje anterior, poco conoce, poco necesita y poco desea; sin embargo por vulgar y rudimental que sea el trabajo del labrador, cuando por medio del mismo llega a satisfacer sus necesidades, aunque fueran solamente las corporales, experimenta cierta satisfacción, se enorgullece de su obra y saturado de esta felicidad, que en nada difiere de los otros paraísos temporáneos (inferiores o superiores) se hace más volitivo, esto es, más

activo, hasta alcanzar el estado activo por excelencia, el que roza al exceso de actividad, el más parecido a aquella esencialidad específica de las sustancias que se denomina en Oriente Rajah o Radjas, por lo cual se asimila en la filosofía vulgar occidentalizada al estado Rajásico. La mente es el Rajah de los sentidos (Voz del Silencio). La emoción también es el Rajah de los instintos.

Para pasar el término medio del sendero, hay que tener en cuenta lo siguiente: hasta ahí el modelo es siempre material, el Ego, y en la mejor de las ideaciones nuestro hombre imagina solamente el hombre más egoísta; esto no es contrario a la evolución.

El hombre que consideramos, es la célula en el tejido humano; cuanto más la célula es activa y desarrolla mejor las especificidades de su clase, tanto más el tejido es activo y desempeña mejor sus funciones características. Pero hay un hecho capital. Si dos células olvidan ser dos, y se funden, NACE UN SER NUEVO, que ya no es ni una ni otra y participa de las dos. Es la base de la creación, la Ley del Sacrificio; esta es también Ley de Leyes y la Ley de los Constructores. Es la causa final la verdadera felicidad, la base del nacimiento de la HUMANIDAD. El tejido desagregado, descomponiéndose, desorganizado, no es más tal tejido; hasta que la humanidad no sea un tejido compacto de hombres sacrificados, CRISTOS,

no será una HUMANIDAD. Esto es el fin de la obra.

Veamos la segunda mitad del sendero. Hasta ahora el obrero, lo ha pedido todo al medio, nada al fin ; todo al modelo, nada a la idea, es una voluntad reaccionando contra el ambiente; ha pedido todo a los demás, nada a sí mismo.

Cuando el artista ha igualado al más lindo de sus modelos, tras la felicidad experimentada, piensa en superarlo. Esta es la diferencia entre el obrero y el artista. El obrero puede ser un óptimo ejecutor, sin ser nunca un artista. El artista es siempre original, so pena de no ser un artista. POR LO TANTO PERTENECE A LA SEGUNDA MITAD DEL SENDERO, TODO LO QUE EXPRESA UN ASPECTO ORIGINAL Y CARACTERISTICO; UNA SABIDURIA (el producto de una mente atenta a sí misma en un afán evolutivo). El obrero tiene que ser completamente personal, pues su valor personal es su seidad, el artista lo es tanto más cuanto más vive en la obra, porque su valor está más allá de él mismo, en su creación. Los hombres en la segunda mitad del sendero son artistas ; en ellos el instinto es la devoción a la obra (el culto del arte) y sus sentidos, la consciencia que de la obra tienen (el arte del culto).

El artista no se conforma con su modelo y la primera impresión es la de un vacío a su alrededor (necesidad) ; la emoción de que está saturado (entusiasmo)

despierta su inteligencia y su trabajo ulterior es toda una crítica al modelo. Aquí se comprende como la iniciación mística hablando, no es más que el camino abreviado de la evolución; pues en ese estado la dirección lo es todo (el espíritu de la crítica) y la recta es el camino más corto entre dos puntos. ¿De dónde se deriva la Moral Iniciática? Cuando la emoción que el artista experimenta en su trabajo es supremo amor o devoción pura, él muere y la obra nace; es moral, es evolucionista, es esencial; es un iniciado. Cuando el artista quiere ser «de valor» él, lo fundamental, vive; pero la obra desaparece y el artista degenera. Así en la humanidad el egoísta que como parte de un conjunto sostiene lo fundamental, degenera el conjunto de partes y el altruísta que sacrifica su parte en el conjunto alimenta lo esencial y mantiene la cohesión entre las partes. Las dos mitades del sendero son por lo tanto igualmente necesarias; no son más que modalidades distintas del mecanismo evolutivo de su estado de dinamismo eficiente. La acción.

Clasificado el hombre como una voluntad agente, desde el más lógico de los puntos de vista (el evolucionista), el resultado de la obra o la obra terminada, apenas se puede vislumbrar. Ella surge de la contraposición de los períodos o dentro de la relatividad de nuestras concepciones así:

El ser reaccionando contra las materialidades de la materia o gunas (las cuali-

dades de las cosas) forma las facultades de los seres; la facultad hace el órgano; el órgano el sentido; el sentido provoca emociones; las emociones reiteradas despiertan la inteligencia; (génesis experimental del yo, autoconscienciación) el autoconsciente origina la necesidad; interpreta el modelo y crea facultades nuevas para sus necesidades (una pura ideación). En cuanto renuncian a ello dos unidades se forma una tercera, la cual participa de la doble polaridad de los intermediarios, y forma ternario con el aspecto característico de lo irrevelado que han ideado; el cuarto elemento es la simiente (de realización) que germina en el seno del Isvhara por venir (sensibilización del Atma).

« Iniciados Oíd: ¡ El Sol de vida comienza a infiltrar sus primeros rayos en las tinieblas de la Gran Noche. Lo inmutable dormía y va despertando; estaba muerto y resucita!..»

O.:
F.: B.:

El Poder del amor

(Conclusión — Véase pag. 48)

Con respecto a la delincuencia -- por ejemplo -- nuestra época quiere evitarla confiando al estudio lo que antes dependía exclusivamente de la autoridad. Moisés dijo: «No matarás». Su mandamiento rotundo era el simple uso de la autoridad

apoyada en el poder, escudado por un Dios que se mostraba entre llamaradas y truenos, y por muchos brazos fieles prontos a hacer morir al que hubiese matado.

Ahora el intelectualismo — bien que iluminado ya por el amor en forma de piedad — prescinde cada vez más de la autoridad y del castigo; trata de fomentar las condiciones adversas a la delincuencia, procura evitar las que la favorecen. Por eso en los pueblos avanzados, líbranse calurosas campañas contra el alcoholismo; por eso se trabaja — nunca tanto como convendría en la difusión de las luces, en el progreso de la enseñanza y por eso ésta, sin dejar de instruir quiere ser cada vez más educativa.

Pero el intelectualismo moderno, acaso por una generalización viciosa, tiene tendencia a reducirlo todo a estadísticas y creer que se puede gobernar a los hombres y dirigir la evolución de las sociedades tan sólo moviendo cifras y haciendo cálculos. Funestos son los resultados que esa tendencia está llamada a producir. Mecanizando las funciones sociales de los individuos y poniendo trabas a la evolución individual, se impide el desarrollo de la iniciativa tanto en sus manifestaciones más sencillas como en esa suprema forma denominada *genio*. En nombre del derecho de todos, se mutila la libertad de cada uno y la resultante final es una esclavitud para todos. En la resignación de una sociedad a una rutina, ha de verse

ya un estado de esclavitud. Y la rutina impregna todos los rodajes del mecanismo social y como un aceite nunca renovado si al principio su viscosidad favorece la marcha, en cambio poco a poco el aceite toma consistencia, se hace pegajoso, se ensucia y ofrece al funcionamiento una resistencia creciente que acaba por hacerse invencible, sofocando toda la energía y transformando la maquinaria en un trasto inútil mientras no llega una iniciativa nueva provista de mucha estopa y aceite nuevo.

Además el método del cálculo aplicado a la conveniencia, no siempre es manejado por los Estados en beneficio de intereses colectivos. Cada particular, también se cree en el derecho de sacar sus cuentas y servir a sus conveniencias personales. Si se prescinde de lo que el Amor nos exige e impone, si se olvidan los sentimientos, las necesidades afectivas del corazón humano; el cálculo intelectualista conduce a la destrucción de la humanidad comenzando por la supresión de la familia. Díganlo sino las naciones cuyo más grave y apremiante problema sociológico es el de la despoblación.

El padre que calcula lo que gasta con su familia, los esfuerzos, los cuidados que ella exige, exclamará: «esto no me conviene». La madre que cuenta los afanes, quebrantos y dolores inherentes a la maternidad hállese muy próxima a las doctrinas de Malthus, si el mero intelectualismo

calculador no cede ante una necesidad afectiva a la que todo se subordina. De manera que el intelectualismo científico, buscando la ciencia de gobernar a la humanidad, llega tan solo a encontrar el medio de suprimirla.

¿Qué es lo que nos salva de esta catástrofe? Sencillamente el Amor que se nos impone como razón suprema y nos hace olvidar toda otra conveniencia; el amor sin el cual no puede subsistir ningún código de moral ni sistema de gobierno. ¿Qué enseñanza ni qué vigilancia, podrá hacer que los niños sean bien tratados ni educados allí dónde no se les ame?... En cambio, los padres realmente cariñosos de sobra saben cuanto su hijo ha menester o por lo menos se halían en las condiciones más favorables para asimilar toda enseñanza o consejo que pueda ser útil al objeto de su amor.

Con estas reflexiones hemos pretendido demostrar que el Poder, la Sabiduría y el Amor, tienen cierta autoridad inherente utilizable en la ciencia del gobierno y cierta capacidad también inherente para servir de llave que abra el santuario de la Naturaleza. Pero el Amor aventaja desde ambos puntos de vista al Poder y aún a la misma Sabiduría, porque su acción es más esencial, más íntegra y porque es la que suscita menos resistencias.

Inventadas las leyes para proteger a los buenos contra las artimañas de los perversos, ocurre muchas veces que las

leyes son más temibles que los males a los cuales se las opone. Es que si el Amor, reinando entre todos los hombres, podría sustituir en mucho a las leyes, en cambio ellas no pueden de ningún modo reemplazar al Amor. Su dulce reinado acabaría con las leyes, impositivas y penales, y la experiencia de los siglos se traduciría más bien en reglas cuyo valor sería análogo al de las fórmulas que usan las ciencias exactas; simples máximas en las cuales se constatarían los procedimientos conducentes a la felicidad individual y social; así como los métodos científico que informa cualquier industria moderna, no significan la imposición de una autoridad sino la enseñanza del modo más ventajoso para la realización de una labor perfecta en lo posible.

Un ejemplo práctico, claro y fácil de comprobar lo hallamos en nuestras escuelas. Recordemos el tiempo todavía cercano en que las pobres madres tenían que llevar por la fuerza sus niños a la escuela, y éstos al menor descuido se escapaban, cual pudieran hacerlo de un lugar de suplicio. Ahora ocurre precisamente lo contrario. En casi todos los hogares es el niño quien se apresura por marchar, es él quien da prisa a su madre para que lo prepare y lo envíe a la escuela; y aún cuando por lo general va solo, pocas veces ocurre que falte.

Para los que recordamos las escenas de antaño, ese cambio asume las proporciones de un verdadero milagro.

¿Cuál es la potencia que lo ha realizado? ¿Intervino en ello tal vez una oculta y maravillosa taumaturgia?

—Es simplemente un poco de amor infiltrado en la enseñanza primaria por algunos grandes corazones, que se interesaron intensamente por los niños, les amaron y los estudiaron con todo el determinimiento y toda la paciencia que únicamente puede dedicarse a aquello que se ama.

¡Sólo un poco de amor ha realizado ese milagro! Gradualmente llegará a la enseñanza superior y luego a la Ciencia del Gobierno, esa misma tendencia que ha metamorfoseado la escuela de esa manera tan completamente, como cuando de una larva que se arrastraba, surge volando una radiante mariposa.

Porque, lo repetiré una vez más: de los tres poderes; el poder en sí, el inherente al conocimiento y el poder del Amor; sólo éste sabe hacerse aliados donde los otros levantan adversarios: por eso es el más eficaz

JYOTIS PRACHAM.

Sobre la Mónada

No nos parece extemporáneo definir la Mónada con la mayor precisión posible, o por lo menos determinar de un modo exacto la acepción que damos a esa palabra, desde que las explicaciones que hemos hallado en otras partes, no siem-

pre son claras y concordantes. Identificar la Mónada con el Espíritu, es un error cuando se considera el Espíritu como la Unica Realidad, transcendentalmente colocada fuera de la Multiplicidad. No hay un Espíritu, sino en rigor «el» Espíritu, y más exactamente todavía «Ello».

Ello, está fuera de la cantidad; está fuera de las ideas que en cierto modo limitan el concepto de cantidad, a saber, lo único como principio y lo infinitamente múltiple como término.

La Unidad que es el principio de la Multiplicidad, no es más que uno de los infinitos elementos de la Multiplicidad; es por lo tanto «Unidad infinitamente múltiple», la Mónada, que de consiguiente no es única sino infinitamente múltiple. Es Mónada, porque es el núcleo de todo ser individual, y así como todas las cantidades son engendradas por unidades, de igual modo los fenómenos, que son esencialmente cantidades de expresión o de manifestación de energía o de voluntad, tienen su origen activo en las Mónadas, que son los centros donde Ello, se transforma en dinamismo, y por lo tanto son el primer motor de la vida y evolución universales.

El Espíritu es la Causa Final de la evolución de las Mónadas, que llegan a Ello, ultrapasando el círculo de la cantidad; expresión metafórica, en la que debe entenderse que cuando la Mónada se hace Espíritu, cesa de existir como tal Mónada

y se arranca igualmente a la Unidad — que es tan sólo uno de los infinitos elementos de la cantidad — y a la Multiplicidad, que es tan sólo la agrupación de las unidades.

Imaginemos la Substancia universal disuelta en el espacio como un Todo continuo y simple. Ahí no hay unidad ni multiplicidad. Supongamos ahora, que este Todo continuo, se conglojera en átomos y espacios interatómicos a semejanza de una solución coloidal: ha aparecido la Multiplicidad y simultáneamente (lo uno por lo otro en reciprocidad perfecta), ha aparecido la Unidad que no es más que cada uno de estos infinitos átomos. Debemos aclarar que por «átomos» siempre hemos entendido Mónadas, esto es, núcleos primarios de toda manifestación energética, no siendo cada variedad de la substancia y cada fuerza viva conocida o no, más que un estado vibratorio o modo de movimiento, o forma de expresión de la energía. Nuestro «Atomo» pues, es energía; es voluntad, y esta declaración de los ocultistas, puede con toda justicia reivindicar la prioridad sobre las recientes ideas que en igual sentido se han incorporado a la Física actual.

Como corolario, hay que admitir que los elementos primarios de la materia, son Mónadas en evolución y por consiguiente, cada uno de los diversos estados en que ella se presenta, son también grados varios de la evolución de las Mónadas.

Todo es evolución, puesto que todo es movimiento. Todo es movimiento, por cuanto todo es expresión de voluntad.

La Voluntad queda latente en la substancia continua (Paranispana). Hácese activa desde sus núcleos. La primera manifestación de Voluntad — bajo el aspecto Karma — es la discontinuidad de la Substancia-Una. Establecida tal discontinuidad, todo queda convertido en Jivas. Estos Jivas (Mónadas) evolucionan y la diversidad de las cosas no es sino la diversidad de sus etapas evolucionarias. El primer origen de esa diversidad es inconcebible. Pero en cada ciclo, las razones de las diferencias que ofrece el desarrollo de las Mónadas, dependen de los ciclos anteriores.

No hay pues, separada de la Multiplicidad una unidad privilegiada, de la que pueda hacerse un dios. La Unidad y la Multiplicidad, juntas aparecen y juntas desaparecen. Si hay una comodidad en concebir el número como engendrado por la Unidad, no es menos cierto que la Naturaleza sólo nos ofrece multiplicidades. Por ejemplo, si concebimos el Yo como unidad, la Naturaleza muéstranos innumerables entidades análogas; si concebimos el «ion», el átomo último, como unidad, sabemos que los hay infinitos. La unidad es una abstracción de nuestro espíritu: resulta cuando fijamos atención preferente por cualquier motivo, a uno de los tantos elementos de la cantidad;

cuando no es un imperfecto presentimiento o una intuición de Aquello que está fuera de la cantidad. Lo que los místicos han denominado Unico-Uno, no es ningún uno; es «no-cantidad».

La aparición de la multiplicidad supone infinitas unidades; Unidad y Multiplicidad, son recíprocamente cada una la condición necesaria para la existencia de la otra, y cuando se usan frases simbólicas como por ejemplo «El Uno se hizo muchos», precisa entender que uno es Ello, la No-cantidad, LO UNO, y recordar que pudiendo las denominaciones sanskristas de los números ser masculinas, femeninas y neutras, hay que tomarlas en neutro en tales casos para reconstruir aproximadamente su sentido original.

J. P.

RAZONES PROFUNDAS

PARA LA PRÁCTICA DEL BIEN

Noche de Mercurio. Plenilunio. Los discípulos rodean al Instructor y se sientan en torno de él sobre el césped. Visten la blanca túnica de lino y al verlos a la luz de la luna, se dudaría de si son hombres de este mundo, o seres de una superior esfera accidentalmente corporizados.

Habla un discípulo:

— Dinos, Maestro ; ¿ la práctica del Bien, debe ser INCONDICIONAL ?..

Escrito está : Los beneficios hechos a los demás, se van borrando a medida que se realizan, como los caracteres escritos en el agua. Esta máxima cuya verdad sabe cada hombre observador por propia y muy amarga experiencia, ¿ no nos inducirá a negar todo socorro a nuestros se-

mejantes ; a huir de su trato y no pensar más que en nosotros mismos ? Y, si procediéramos de acuerdo con esta consecuencia, ¿no sería sensata nuestra conducta ?

— Los moralistas siempre han insistido en el deber de amar el bien por el bien mismo, y proceder bajo la inspiración de este amor, lo cual es un caso particular de la doctrina de la Renunciación, tal como está expuesta en nuestros textos más venerables.

Renunciar a la gratitud de los que reciban nuestros beneficios, es también renunciación a los frutos de la acción.

— Se concibe la magnanimidad, llevada hasta el extremo de prodigar nuestros beneficios a aquellos de quienes se ignora si sabrán corresponderlos o cuando menos agradecerlos, aunque parecería que los límites naturales de esa virtud debieran consistir en reservar nuestros beneficios para aquellos de quienes creemos — siendo nuestros conocidos — que no nos corresponderán con ingratitud.

Pero admitir que seamos igualmente generosos con los que sospechamos que nos serán ingratos, o aún con aquellos de cuya infidelidad estamos seguros, me parece que es una renunciación excesiva al fruto de la acción.

No digo que pretendamos que nuestros beneficios nos sean remunerados, ni con creces ni siquiera con otros semejantes, pero creo que cuando menos, una retribución de orden moral como la gratitud o el afecto, debemos exigirla, y cuando tengamos una presunción fundada de que aún esto se nos negará, entonces considero lícita la indiferencia ante la ajena necesidad.

— Hijo mío : olvidando los peligros de la inteligencia, has razonado como un pensador. Mas que el espíritu ilumine tu pensamiento y verás con cuan diferente perspectiva y cuan diverso matiz se muestran las formas nacidas de tu mente. Dices : seamos benéficos con los agradecidos, no lo seamos con los ingratos. ¿ En qué los conocerás ? ¿ En sus actos anteriores ? ¿ Puedes informarte exactamente de las circunstancias en que fueron realizados ? El que en una ocasión procedió mal, ¿ no puede proceder bien en otra ? ¿ Qué sería de tí si desde el día de tu primer pecado todos los hombres te hubieran negado su confianza para siempre ? Además, ¿ no puede suceder que el justo hasta entonces, venga a hacerte víctima de su primera y acaso única maldad, y no es igualmente posible que el malvado más decidido quiera empero proceder rectamente contigo ? No hay una vida tan pura que no pueda

hallarse en ella alguna sombra, y en la historia más manchada, buscando bien, no sería difícil vislumbrar el resplandor de luz celeste de algún amor desinteresado.

¿Los conocerás por el grado de su intimidad o parentesco contigo? ¿No sabes de alguien que a la hora de la necesidad llamó en vano a la puerta de sus deudos y en cambio la del hogar extraño se abrió hospitalariamente para él?

¿Los juzgarás tan sólo por tu impresión? ¿Te atreverás a juzgar a tus semejantes? ¿Con qué derecho? ¿Con qué garantías de acierto? ¿Te resignarás de antemano a la probabilidad de ser injusto o te engañarás a tí mismo convenciéndote de tu propia infalibilidad?

Por otra parte, admitiendo que hubiera que hacer la elección que dices, y que ella fuese justa en principio; sería impracticable a causa de la imposibilidad en que cada uno se encuentra, de eliminar su propio punto de vista. Al magnánimo le parecería que todos son dignos de sus beneficios y, cuando la experiencia le probase lo contrario, o bien conservaría su magnanimidad a despecho de todas las decepciones, esperando siempre del último que llegase, un proceder mejor, o renunciaría a la bondad, quizás cuando

precisamente los que se acogiesen a ella, la merecieran. Y este temor constante de ser injusto, sería un tormento intolerable para el hombre magnánimo.

El egoísta, a su vez, siempre creería ver en cada uno de sus semejantes, las señales evidentes de la ingratitud y por lo tanto, jamás carecería de justificativos para su criminal indiferencia.

De este modo, la doctrina de la elección de los que hubiesen de gozar de nuestro favor, no tendría ninguna consecuencia moral; no modificaría en nada la conducta que, sin educación alguna, pudiera derivarse del carácter de cada uno, y no salvaguardaría a la justicia o rectitud, más que en apariencia.

—Indudablemente, muy amado Maestro, tu discurso convence. ¿De dónde recibes esa iluminación que te permite razonar con una razón superior a lo que mi inteligencia había creído completamente razonable?

—Esa luz, hijo mío, es la de la Piedad. El hombre piadoso se siente deudor una vez por el bien que omite; dos veces por el mal que llegue a consumir. Pero no creas que solamente el amor a los demás puede ser invocado como fundamento de la práctica incondicional del bien. Estando el interés propio, indisolublemente

mezclado al interés ageno, (como que aquel que habla, aquel que oye y aquel de quien se habla no son sino miembros de la misma humanidad), es imposible que no existan poderosas razones de interés propio para la práctica INCONDICIONAL del Bien.

—¿No perderá la acción buena su valor moral, así que se la asocie a motivos de propio interés?

—Esos motivos, hijo mío, ya que es forzoso que existan, son parte integrante de la Verdad, cuyo estudio es el objeto de la Filosofía; pero así como el no conocer o el no recordar la composición química de los alimentos, aún cuando la hayas aprendido, no te impide comer, así también, al practicar la acción moral es posible olvidar las razones de propio interés, no obstante ser necesario, o por lo menos conveniente, que la mente no las ignore, porque la ignorancia jamás es recomendable.

—Dame, pues, ¡oh Maestro! como instrucción, la prueba de la conveniencia propia que existe en la práctica incondicional del Bien.

—Es que toda habilidad se desarrolla por el ejercicio y de aquí que «solamente *haciendo el bien* es posible *hacerse bueno*».

¡Ay de aquel que desalentado por la ingratitud de los demás se abstiene de hacer el bien!

Porque entonces su bondad, privada de expansión, como la planta que nacida en una hendidura no pudiera extender hacia ningún lado sus tallos, se irá secando... secando...

Y sin la frescura de la bondad, el corazón se le volverá árido...

Y para un corazón árido, perderán absolutamente su sentido las más dulces y bellas emociones.

Porque la sensibilidad, que se desarrolla movida, agitada por los contrastes: entre el placer y el dolor, entre la esperanza y la decepción, entre la magnanimidad y la ingratitud... es lo único capaz de hacernos receptores de la Verdad, de la Belleza y de la Fe.

Porque la Intuición es la base del Conocimiento, la esencia del Sentimiento y la substancia misma de la Fe. De ella dependen, por lo tanto, la Ciencia, el Arte y la Religión.

Y ¿qué es la Intuición sino el desarrollo casi supremo de la sensibilidad?

Y ¿cómo se obtiene ese desarrollo casi supremo, si no es por la Bondad? Nada hay como el ejercicio constante de la bon-

dad, para acrecentar la sensibilidad y volverla cada vez más delicada.

De ahí que la Moral comprende toda otra ciencia; comprende todo lo demás. Por eso la Moral es Ciencia Única y Sendero de Salvación.

Para el profano, la Moral no es más que ciencia de las costumbres; para los discípulos es la Ciencia de la Bondad.

Considera tú a los otros como la « causa final » de tu desarrollo propio, y sabe, pues, que el egoísmo no es más que la atrofia de tu verdadero ser.

Evita cuanto puedas que los demás tengan ocasión de hacerte daño, no tanto por el mal que recibirías, como para impedir que ellos se hagan malos.

Esta es la trabazón inextricable que liga a todos los seres, porque tú a tu vez eres ocasión para el desarrollo de tus semejantes, así en el bien como en el mal, de igual manera que ellos lo son para tí.

Hay quien exclama con orgullo; « Yo soy justo; no hago mal a nadie ». Indudablemente si ese concepto de la rectitud hiciese que los perversos permanecieran inactivos en su maldad, algo se habría conseguido. Pero, a quien así se ufanara, podría decirsele : Si te crees justo porque

a nadie dañas, sabe que tu rectitud es sólo a medias. ¿Te considerarás igualmente justo pensando en el bien que no haces? A ser así, admiraríamos la moralidad de las impasibles rocas, cuando no hacen ningún bien ni tampoco ningún mal. ¿Crees, pues, que la Moral no es más que una especie de jaula de subjetivos barrotes para impedir que los hombres hagan daño, así como se encierra a las fieras en jaulas de hierro?

Hacer el mal a sabiendas es inhumano; abstenerse de ello es simplemente humano; pero más lo es, realizar todo el bien posible. Y aún conviene evitar que los otros piensen u obren mal por nuestra culpa; sin que ni esto mismo sea bastante, porque es una conducta santa la que se esfuerza por ofrecer a los otros la enseñanza y la oportunidad para el ejercicio de la rectitud y de la bondad en el pensamiento y en la acción. De todas estas condiciones se compone un proceder bondadoso; ¿ves cuanto yerra el que dice: Yo soy justo porque a nadie daño?

—Muy difícil hallo armonizar esta conducta con el respeto a la libertad ajena, y puesto que no es posible conocer exactamente los móviles y circunstancias que determinan los actos de los demás, ¿no sería mejor dejarlos en plena libertad, a solas con su Karma?

—Igual razón se podría alegar ante cualquier dolor, miseria o necesidad, para omitir todo socorro, todo consuelo. Ya que ignoramos si esos males son merecidos y si tienen alguna utilidad para el que los sufre, dejemos obrar a Karma, y conservemos nuestro corazón encerrado como una ostra entre las valvas del egoísmo.

Con semejante doctrina, la Bondad de los hombres jamás se ejercitaría y tanto la vida privada como las instituciones políticas, exentas del influjo de la Bondad, serían invadidas por hábitos feroces que pronto nos harían retroceder a la condición de las tribus caníbales. Porque has de saber, hijo mío, que la Civilización, más que del desarrollo de la inteligencia, es efecto de una infiltración progresiva de la bondad en las costumbres.

—Siento la verdad de lo que me dices, pero ¿cómo conciliar esta doctrina con la libertad de acción que es preciso reservarnos y respetar en los demás? Sin libertad de acción, no hay ejercicio ni desarrollo de la propia voluntad ni del criterio. Sin criterio ni voluntad propia el hombre es poco más que un fantasma, juguete de las circunstancias, como la nube a la que impulsan los vientos.

—Nada más cierto. Pero nuestra ac-

titud para con los demás, «debe ser como una enseñanza y no como una imposición».

Cuando le hayas expuesto a tu hermano el razonamiento que crees verdadero, déjale en libertad de obrar según su criterio.

Para modificar la acción, modifica si puedes, el criterio que la preside y entonces la libertad quedará en salvo.

Solamente cuando pretendas modificar directamente la acción sometiéndola a un criterio que no es el de aquel que la ejecuta; solamente entonces, sufre la libertad.

Y para intentar la reforma del ageno criterio emplea la persuasión.

La persuasión, para ser tal, tiene que constar necesariamente de dos elementos; uno de *razón* y otro de *bondad*. Cuando la razón y la bondad no basten para persuadir a tu hermano, deja hacer, y hallarás en tu alma la serenidad perfecta de aquel que ha cumplido todos sus deberes, porque ni afrentó a la Piedad en defensa de la Libertad, ni maltrató a la Libertad en honor a la Piedad.

En resumen :

Dejar de hacer el bien es dejar de hacerse bueno ;

Dejar de hacerse bueno es cesar de progresar;

Cesar de progresar es negar el objeto esencial de la vida;

Negar el objeto esencial de la vida es una forma de suicidio que afecta mucho más al verdadero Ser, que la simple aniquilación de la forma material.

Al que no vive para la práctica incondicional del bien, más le valiera no vivir; en realidad no vive puesto que no evoluciona.

Su existencia es puramente preparatoria, hasta el día en que descubra esta verdad: Únicamente la práctica del Bien es avance en el camino de la evolución.

Esforzaos de todo corazón en ser cada día mejores y en contribuir igualmente al mejoramiento de vuestros hermanos.

Esta es toda la moral.

Esta es toda la Ciencia.

Esta es la Ciencia Unica, Sendero de Salvación.

*
* *

Los discípulos absortos, observan que todos sus sentidos, sin esfuerzo alguno, sin la menor deliberación, se han elevado a las percepciones trascendentales; han extendido su alcance hacia esferas superiores.

Y ven como ténues copos de azulada nube luminosa, que flotan en el ambiente: son puros efluvios de Amor. Aquí y allá brillan como estrellas, los bellos pensamientos en los que la esencia mental se ha condensado, proyectando en todas direcciones sus dorados rayos.

Y oyen como una magestuosa sinfonía ejecutada pianísimo; y aspiran como una fragancia de jardines orientales en cuyas avenidas bordeadas de rosas, se hubieran colocado innumerables pebeteros quemando las más preciosas resinas aromáticas.

.

La voz clara y sonora de un discípulo exclama entonces:

— ¡Hermanos!.. ¡El maestro ha hablado! ¡MEDITEMOS!..

El razonamiento, hijo del yerto mecanismo de la lógica, no persuade; si vence no convence.

La insinuación afectuosa en donde el absurdo se transparenta; tampoco persuade.

Tan sólo es persuasivo lo que aparece como razonable y es bondadosamente expresado.
